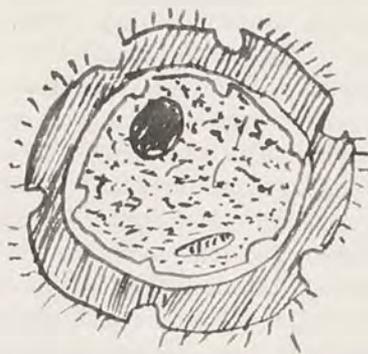


Algunas partes discurren sobre el origen de la pujanza antioqueña, la influencia del clima en las acciones humanas, la creación artística, la sanidad civil y la vocación médica. Con todos estos temas tratados en algunos pasajes, el eje del libro es la tolerancia entre religiones y posturas políticas y científicas. Los fanáticos en estos asuntos son desdeñados por el autor, quien no deja de señalar los desmanes a que llevó ese tipo de comportamiento en el siglo pasado con monstruosidades como el holocausto judío. Dice de los fanáticos Abad Gómez: "El fanático es el que no admite explicaciones, ni oye razones de los demás. Es el que se cierra mentalmente al diálogo y no admite emocionalmente la posibilidad de estar equivocado. Esta actitud, aunque aparentemente firme, revela más bien una íntima inseguridad y un escondido temor de no tener la razón". El fragmento anterior permite comprobar las palabras del hijo en *El olvido* cuando dice que su padre se educó en la escuela pragmática: "Mi papá se había formado en la escuela pragmática norteamericana [...] no había leído nunca a Marx, y confundía a Hegel con Engels", sobre todo, si cotejamos las frases con una de *El club de los metafísicos. Historia de las ideas en América* de Louis Menand: "Hablando con propiedad, no hay ninguna certeza, sólo hay gente que está segura". Así mismo, para Abad Gómez el problema no es la adopción de una creencia religiosa o de una ideología sino su desproporción, su fanatismo que desencadena injusticias.

Sugiere para hacer frente a los fanáticos un término medio, en correspondencia con su acuñado "mesoísmo" en todas las cosas de la vida, es decir, un centro en que se tiene una visión del mundo escogida, pero se respetan otras y no se llega a extremos o al autismo ni a la "miserable imperturbabilidad de los mediocres". Valga decir que él es consciente que su "mesoísmo" es un parafraseo y actualización del "aura mediocritas" de Virgilio y el "justo medio" de Aristóteles; una exaltación del hombre promedio frente

al genio y la posición de la mitad frente al demente sectario. Veamos una última cita del *Manual de tolerancia* para ejemplificar la acritud del autor ante los conformistas y los fanáticos en aras del "mesoísmo": "La gente se convence muy fácil de que las condiciones que la favorecen deben permanecer inmutables. Así se van creando ideologías inflexibles sostenidas por los grupos privilegiados que conservan el poder y el orden constituido, que no admiten la posibilidad de que existan otras formas sociales mejores. Contra esa reacción conservadorizante surgen los sostenedores de un cambio radical y absoluto, los forjadores de sociedades utópicas, los inflamados por el deseo de justicia, que predicán la sustitución de cierto estado de cosas por otro totalmente diferente. Así va avanzando la historia".



Para cerrar quiero expresar que el libro produce la misma impresión entrecortada de ver la polarización política existente en el país y en el mundo, al tiempo que colegios públicos en Bogotá son bautizados en homenaje a líderes sociales y de izquierda asesinados en las décadas pasadas (Orlando Higuera Rojas, Bernardo Jaramillo Ossa, Eduardo Umaña Mendoza), a guerrilleros (Carlos Pizarro León Gómez), y a un magistrado (Alfonso Reyes Echandía) muerto en los hechos de la toma del Palacio de Justicia, por igual. Tal vez las palabras condensadas en este libro de Abad Gómez, quien creó la Escuela Nacional de Salud Pública y el servicio rural obligatorio para médicos, sean unas de las tantas que necesitamos oír y leer

en una sociedad polarizada y con una guerra cruenta que no para, que se ha llevado a muchos de los colombianos que vivieron por nobles ideales y se desvivieron por terceros, por hablar por los que no tienen voz y pedir mejores condiciones de salubridad y justicia social, en vez de perseguir una vida llana, voluptuosa, sin protestas ni toma de partido por nada.

JUAN PABLO PLATA



Derecho a nada

Juan Gregorio Palechor:

historia de mi vida

Myriam Jimeno Santoyo

Consejo Regional Indígena del Cauca, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Universidad del Cauca, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2006, 202 págs., il.

Dos partes componen la obra: la segunda y principal (91 páginas), presenta un reportaje con el indígena Juan Gregorio Palechor (1923-1992), del resguardo de Guachicono en el Macizo colombiano, concluido en 1991. En la primera (74 páginas), la autora asume la tarea de sustentar su competencia con una disertación sobre multiculturalismo y el valor y utilidad práctica de las historias de vida o autobiografías.

La universidad parece desconfiar de sus estudiantes, por lo cual los descalifica de antemano, y en lugar de enseñarles a pensar les exige en sus trabajos el complemento de abundantes citas y extensas e inútiles referencias bibliográficas. Así se quedan.

La entrevista está orientada mediante preguntas hacia los temas considerados de mayor interés, y la transcripción conserva el carácter documental. Grabados, facsímiles, notas e índices completan el texto. En cuanto a la redacción, los defectos son comunes en la mayor parte de las obras académicas que se publican en el país.

La parcialidad de antropólogos y etnólogos por el objeto de su estudio es persistente y contagiosa. Más allá de su papel de auxiliares de la historia se convierten en defensores de causas perdidas, y extienden el interés de sus asuntos a la lucha política. Se citan unos a otros en constante repetición gremial para cepillarse mutuamente, y se autocitan en recuadros, anexos, interpolaciones.



El indigenismo en el siglo xx constituyó un capítulo importante de la literatura americana como denuncia social. Hasta la Constitución de 1991 lo único que los indígenas en Colombia tenían garantizado era el atropello. Se mejoró la ley, pero no la práctica. La mayor parte de las leyes de la República escritas se quedan, empujando por la Constitución. Cabe preguntarse para qué un Congreso de dos cámaras redactando innumerables leyes que por diversos motivos no se cumplen, hasta que se olvidan, y que muchas veces es mejor que se olviden. La figura de Palechor no puede menos que recordar a Rosendo Maqui en la clásica novela *El mundo es ancho y ajeno*. No sólo para los indígenas. También para los negros y otros grupos sociales. Un país que no se preocupa por sus pobres es un pobre país.

Palechor tuvo una visión general correcta de los problemas, pero a los expoliadores de los indios tampoco eso les conviene. Éstas son sus palabras: “Nosotros carecemos de conocimiento porque desafortunadamente ningún gobierno nos ha tratado de civilizar, de educar, y por eso estamos luchando, eso es lo que quiero. [...] Si me hubieran enseñado algo, hubiera podido hacer más. Por

eso reclamo al Gobierno”. Su interés por la educación fue constante. Impresionan estos fragmentos: “Una vez (pág. 110), para pedir una escuela me hice un memorial incomparable. Hablé de la Independencia. Me dieron tres mil pesos”. “Mi mamá (pág. 111), les daba seno a los niños hasta los dos años. Claro que al quitar el seno, extraña. Por eso Palechor está bravo, porque el Gobierno me quitó el seno, que fue la educación”.

La importancia del texto se resume por la autora en la página 28: “Si un tema recorre todo su relato es el de la responsabilidad individual frente a su colectividad y la reivindicación de los indígenas de cara a la nación”.

Resulta interesante observar cómo se expresa Palechor:

Los politiqueros decían que iban a hacer los puentes. Entonces la comunidad decía: Pero aquí no hay ríos. Entonces decían ellos: Les hacemos los puentes y los ríos también. [pág. 160]

En 1942 la Iglesia católica era poseedora de dos molinos de trigo y varios terrenos dentro del resguardo indígena de Guachicono, para mayor gloria de Dios. [pág. 111]

¿Por qué los caciques se oponían al colegio y a la Caja Agraria? Porque ellos eran los únicos que mangoneaban, que ordenaban, y no querían que nadie se les fuera a oponer. No les gustaba que la gente se educara para que viviera ignorante y de todas maneras poderle engañar económicamente y mangonear en todo sentido, en la administración o en la legislación municipal. Ese era el motivo de que no querían lo de la Caja Agraria ni lo del colegio. [pág. 159]

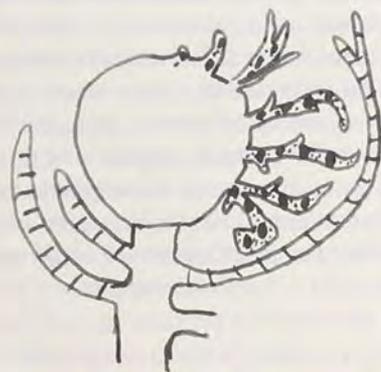
El abuelo era un hombre sin miedo que defendía la causa liberal. Ser liberal era ser un hombre libre. Ahora creo que ser liberal no conduce a ninguna parte. [pág. 109]

Eran las tres y media de la tarde y me llamó mi papá. Dijo: “Yo me voy a morir. Si cometí faltas con-

tra ustedes, me perdonan. Le contesté: Duerma tranquilo. Dé las cuentas a la eternidad. Se murió así, conmigo.” [pág. 108]

El estudio preliminar define a Palechor “como una figura de umbral entre épocas y estilos culturales de política” (pág. 76). Después de él, viendo que por las buenas no conseguían nada, los nuevos líderes cambian de estrategia. Es la nueva historia.

La corriente posterior a Palechor, que promueve la autosegregación de los indígenas, incurre en error. “Está demostrado por estudios antropológicos que el aislamiento de las culturas tradicionales de la corriente de la modernidad es un camino seguro hacia su extinción” (*Los rastros culturales de la desigualdad*, Manizales, 2000).



Los españoles no reconocieron la propiedad de la tierra a los indígenas porque no tenían documentos legales que la acreditaran. Posteriormente las muchas formas dolosas de expulsarlos de sus resguardos se consideran legales, y la recuperación de parte de esas tierras constituye delito grave. Más claro: en Colombia las leyes protegen a los delincuentes.

Un país que en doscientos años no ha sido capaz de asimilar a los pueblos indígenas, pasivos y humildes en su derrota, mucho menos podrá resocializar en corto tiempo a decenas de miles de hombres que con opuestos propósitos y maligna dialéctica combaten al Estado.

JAIME JARAMILLO
ESCOBAR